

CONFERENCIA III

LA CONCIENCIA

1. **Debilidad de caracteres en nuestra época.**—Sin verlo todo negro, y sin tener gusto en condenarlo todo, (de lo cual libre siempre Dios á sus siervos), debe confesar todo hombre bien intencionado, que en el carácter de la humanidad moderna se deja sentir en daño nuestro una especie de debilidad. No nos acordamos del antiguo adagio: «Cuenta cada uno con lo suyo», ó si nos acordamos, al recordarlo, movemos la cabeza tristemente.

¡Qué cambio tan grande en la vida pública, si llegase á dominar ese principio! sería inútil en el mundo la muchedumbre de sabuesos de policía y de guardas de seguridad. Y ¡qué sería de los cronistas de la prensa? ¿dónde encontrarían público para vivir á expensas de su credulidad y de su inexperiencia en la formación de los juicios, como tan fácilmente lo hacen hoy? Apenas nos reconoceríamos en nuestra ciudad natal, si de repente nos encontráramos en medio de gentes que tuvieran su peculiar é independiente modo de pensar y de hablar.

Todo parece que da vueltas en nuestra cabeza, cuando por casualidad leemos en algún viejo cronicón la vida y la manera de ser de nuestros antepasados de la Edad Media. Difícilmente comprendemos cómo pudieron las gentes de aquellos tiempos tener relaciones entre sí y formar una sociedad; todo nos parece extraño; no sabemos qué pensar de la pobreza de los espíritus y de las cosas de aquel entonces. No podemos concebir un hombre y menos una sociedad sino á la usanza de hoy; cada uno vive no sólo pa-

ra todos, como en la Edad Media, sino que cada uno vive de todos, como en la antigüedad pagana. El Estado debe ocuparse en todo aquello de que necesitamos, ya en los artículos de primera necesidad, ya en los artículos de lujo. Él debe tomar medidas contra la trichina, contra la filoxera y contra la viruela; él debe preocuparse con sanear la atmósfera, dar la hora precisa, y cuidar de que la altura del *la* sea la misma en todas las orquestas. ¿Se ha olvidado mi vecino de volverme una cuchara que me pidió prestada? Tengo valor para no recibirla sino de manos de los galoneados representantes de su Majestad el príncipe reinante, y precediendo un juicio ante el tribunal de justicia; precaución necesaria para no verme complicado en un proceso, é incurrir en la pena de haber recuperado lo mío sin la autorización necesaria. Si hago un pago, si envío una carta, aun cuando uso de lo mío, estoy temiendo constantemente que puedo haber violado alguna ley, cargando sobre mis espaldas negociaciones enojosas. De ahí esa falta de independencia en los actos públicos, esos miramientos sin fin, esa enfermedad de querer regularlo todo por los representantes del poder.

¡Y ojalá que esta dependencia existiera solamente en la vida pública! Pero ¡ay! podría decirse que es mayor todavía en la vida interior. ¿Quién se atreve á revelar sus convicciones antes de conocer cómo piensan los que le rodean? Y se va á veces tan lejos, que sucede que no hay otra manera de ver las cosas que como las ven los que nos acompañan: somos negro subido con los negros, y escarlata con los que son colorados. Nos entregamos maniatados al primero que se nos ofrece, ya sea un campeón de la verdad, ya uno de sus contradictores. No osamos oponernos, ni pensar sino lo que él piensa. En fin, no tenemos opinión personal.

Á fuerza de no hacer uso de nuestras convicciones, las dejamos enmohecer, y hasta consentimos en que las consuma la herrumbre. Entonces se produce en nosotros una especie de vacío. Sentimos un malestar interior que trata-

mos de calmar con este fingido consuelo: ¿para qué las opiniones personales? ¿no tenemos la opinión pública para reemplazarlas? ¿No se encorban todos ante ella, aún los que son dueños del poder? ¿para qué ser más prudentes y más independientes que los demás? hagamos como ellos, y por todas partes tendremos paz y amistad; pasamos por el mundo en las mejores condiciones, y no importa á dónde vamos, encontrando por todas partes consideraciones, alabanzas y honores. Si por el contrario, despreciamos y pisoteamos todo esto, quedamos solos, no iremos á ninguna parte, nadie hablará de nosotros; y si en nosotros se ocupan, será para tratarnos como á gentes que no conocen ni el mundo ni la época; y no queremos que tales cosas se digan de nosotros, pues ya que hay que vivir en el mundo, es necesario también acomodarse al mundo.

2. Desprecio que la ciencia moderna hace de la conciencia.—Con semejante falta de principios es natural, y no hay necesidad de dar ninguna explicación, que haya en la actualidad tan pocos caracteres elevados. De ahí la necesidad tan imperiosa de preguntarnos de dónde viene esa deplorable debilidad, y qué remedio puede aplicársele; no es difícil la respuesta. El que vive sin principios fijos, que obra hoy por lo que ha presenciado en la mañana, y que obrará mañana en conformidad con lo que mañana se le enseñe, ni es, ni será jamás hombre de carácter. Tiene carácter sólo aquel que tiene principios personales, que habla y obra constantemente según esos principios, siempre que en su interior lo juzga bueno y oportuno, según los casos, y esto cualesquiera que sean las consecuencias, ya le resulten alabanza y utilidad, perjuicio ó vituperio. El hombre de conciencia es siempre hombre de carácter; donde hay conciencia, hay independencia; mientras que el que semejante á la caña, es tan débil y tan flexible que se encorba al soplo de un viento cualquiera, no puede decirse que tiene ni recta ni sólida conciencia.

Cuando ya no se atiende á la formación de la conciencia, se ha renunciado en absoluto á tener carácter. Cuan-

do nos fijamos en lo que llamamos debilidad de carácter, como signo especial de nuestra época que tanta ocasión nos da para reflexionar, nos encontramos con que esa falta de carácter puede tener otro nombre, que bien pudiéramos llamar desprecio de la conciencia. Y no podemos por lo mismo dejar de acusar como culpables á aquellos en cuyas manos está la formación de lo que se llama espíritu de la época ú opinión pública.

No hay en la filosofía moderna, ni en las otras ramas de la civilización que toman su materia de la filosofía, enseñanza que sea más despreciada ó desfigurada por la pedagogía que la que podría llamarse «enseñanza de la conciencia», á pesar de ser la más importante, y de ser tan considerable su influencia. Nos han dejado pruebas los antiguos de que en esto tenían ellos evidentes vacíos. ⁽¹⁾ Eran dignos de excusa, pues no teniendo la revelación, no podían explorar con seguridad ese dominio del corazón humano, que es el más difícil y el más escondido que existe. Por eso es digna de doble vituperio la filosofía moderna. Primero, por querer prescindir de una luz más clara que la suya, y en asunto tan difícil y expuesto á tantos errores, como consecuencia de las males pasiones del corazón; segundo, por obstinarse en penetrar en esos secretos con los ojos turbios. Ha pasado superficialmente por una doctrina importantísima y muy fecunda en resultados, y de ahí la ineptitud que tiene para conocerla.

La enseñanza de la conciencia, decimos, es uno de los puntos más débiles de la nueva filosofía. Es ya soberanamente extraño que no admita una conciencia *antecedente*, y sí sólo una conciencia *subsecuente*. Y es aún de peor augurio que no considere á esta última sino como juez que condena y castiga. Ni aun Calibaus, que siempre reconoció la voz legisladora de la conciencia, la hizo nacer de otra parte que de la oposición entre el bien y el mal, de la oposición que hace el hombre á su destino. ⁽²⁾ ¿Podemos in-

(1) Stæudlin, *Geschichte der Lehre vom Gewissen*, 6-20.

(2) Calibaus, *Speculative Ethik.*, I, 224.

ferir de ahí que jamás en su vida han ejecutado algo bueno esos filósofos, confundiendo como confunden la conciencia con los remordimientos de la misma, y no habiendo conocido nunca el testimonio remunerador y consolador de la conciencia? Lejos de nosotros semejante pensamiento. Sin embargo, ese hecho sorprendente nos da derecho para ponernos en guardia ante las temerarias pretensiones de la moderna filosofía. Y a pesar de la inexperiencia de que tantas pruebas da en lo referente á la vida interior, siempre cree que no ha hecho bastante para rebajar la moral cristiana.

Y valiera más guardar silencio, ya que con Espinosa no ha sabido decir sino: «Son opuestos á la alegría los remordimientos de la conciencia, ó son una tristeza á que va unida la idea de lo pasado y que sucedió contra toda intención». ⁽¹⁾ Con razón ha dicho Stæudlin «que es imposible hablar de la conciencia de una manera más deslucida, más insignificante, más oscura y más incomprensible», ⁽²⁾ y es admirable Kuno Fischer en las pocas líneas con que rebate esta acusación: «Esperar del espinosismo, dice, una moral que pueda servir de norma de conducta, valdría tanto como esperar que la encina produzca calabazas. No es un moralista Espinosa, ni puede serlo, atendida la naturaleza de las cosas. El espinosismo no es sistema de moral». ⁽³⁾

¿Por qué escriben esos caballeros sobre materias que no saben tratar? ¿Por qué tienen la arrogante pretensión de rebajar la moral cristiana, y oponerle su propia moral para desterrar á la primera del corazón humano? ¿Si fueran tan modestos como capaces los herederos de Espinosa! sin envidia dejaríamos á su moral en posesión de sus bellotas; si con ellas se contentan, no les exigiremos calabazas; no sentimos inclinación alguna á fruta semejante. Quiera esa doctrina dejar la aceituna al olivo, á la higuera su fruto sabroso, á la viña sus magníficos racimos, y no nos dé á

(1) Espinosa. *Eth.*, p. 3, prop. 18.

(2) Stæudlin. *Geschichte der Lehre vom Gewissen*, 125.

(3) Kuno Fischer. *Gesch. der neuern Philosophie* (2), I, II, 563.

nosotros, que estamos acostumbrados á alimentarnos en el huerto del Señor del cielo, con frutos humanos y deliciosos, el poco grato alimento de bellotas.

Por lo demás, diremos que es todavía peor que la de nuestros filósofos la doctrina de la conciencia contenida en los manuales del protestantismo moderno. En caso de vernos obligados á escoger, preferiríamos las bellotas de la filosofía á los detritos de la nueva teología protestante.

El más célebre moralista del protestantismo actual, Ricardo Rothe, está muy lejos de ver en la conciencia un don de Dios ó un privilegio de la naturaleza humana. Según él, es más bien consecuencia de la caída del hombre y oscurecimiento de su luz interior en que cayó por el pecado. ⁽¹⁾ Francamente, no debemos maravillarnos, si no se da ninguna importancia á la conciencia, ni en la educación, ni en la vida moral, y si ni siquiera se habla de ella. ¿Qué será de la una y de la otra? nos lo irán diciendo los hechos.

3. ¿Qué es la conciencia?—Si queremos darnos cuenta del perjuicio que causan al hombre los que oscurecen y perturban su conciencia, no hay más que examinar los motivos que tuvo el Señor para dárnosla, y lo veremos inmediatamente. No es la conciencia la parte más secundaria de la imagen divina. Difícil sería sin ella formar en nosotros esa imagen; ella nos revela cuánta sabiduría hay en Dios como educador del género humano; por ella y sólo por ella nos ponemos en estado de vivir vida moral independiente; y por ella nos sentimos capaces de aproximarnos á la perfección moral á que hemos sido destinados.

No se ha contentado Dios con depositar en nuestra razón las ideas generales del bien y del mal. Encontramos en ella, además, toda una serie de principios que regulan nuestra vida moral, y que aparecen ante nosotros como leyes que se conocen por sí mismas, leyes inviolables. Nadie nos los ha promulgado; nos hemos encontrado con

(1) Rothe. *Ethik.*, (2) IV. S. XV y sig.

ellos al despertar de nuestra inteligencia; jamás hemos pensado en ponerlos en duda ó en exigir la más mínima prueba; resuenan en nosotros de un modo tan conforme á la naturaleza y á la razón, que los aceptamos como los primeros axiomas de la geometría; aplicamos á ellos, ó hacemos derivarse de ellos, todas nuestras doctrinas morales. Tales son, por ejemplo, estos principios: Debemos adorar á Dios con culto externo, amar á nuestros padres, ser agradecidos á nuestros bienhechores, dejar y dar á cada uno lo suyo, reconocer otra autoridad sobre la nuestra, no hacer mal á nadie, etc., etc. ⁽¹⁾

Si hubiera dado Dios á alguno de nuestros modernos pedagogos, ó á uno de nosotros en particular, el encargo de organizar el alma humana, ciertamente que nos hubiéramos contentado con esto, creyendo al hombre superabundantemente dotado para el cumplimiento de sus deberes. Pero la sabiduría de Dios sabe mejor que nosotros lo que nos hace falta. Con estos principios generales no somos suficientemente ricos, porque, considerados en sí mismos y como los hallamos en nosotros, son demasiado indeterminados y demasiado generales para servirnos de ellos como de regla de conducta inmediata. Además, nada dicen respecto á la forma de cumplirlos, ¡y es tan múltiple esta forma, cuando se trata de ordenaciones de tal ó cual ley en general! Así, todos los hombres conocen y practican el precepto natural de amar á sus padres; creemos cumplirlo nosotros, cuando con nuestros asiduos cuidados prolongamos su vida cuanto podemos. No hacían lo mismo los Héruos; entre ellos se consideraba como menoscabo de la dignidad humana el momento en que ya no se podía blandir la espada mortífera, y creían entonces que de ninguna manera podían honrar mejor á sus queridos y débiles padres, que inmolándolos ó quemándolos en la pira. ⁽²⁾ Los Issedones, respondiendo en esto á sus instintos de caníba-

(1) La antigua escuela llama á estos principios *sindéresis*. Sto. Tomás, 1, q. 79.

(2) Procopio Bell. *Goth.*, 2, 14.

les, creían que el mayor honor que podían hacer á sus amados padres, era darles por sepultura, no la tierra, sino sus propios estómagos. ⁽¹⁾

Se ve por esto que están los principios generales muy lejos de servir de regla de conducta, si al mismo tiempo no se conoce la manera de cumplir las ordenaciones que imponen. Desgraciadamente, como lo demuestra la experiencia de todos los días, es tan superficial y tan olvidadizo el hombre, que le impresionan muy poco estos principios generales, cuando se trata de ponerlos en práctica. Mientras no se deja sentir su necesidad, tiene siempre abundante provisión de reglas de conducta. ¿Se presenta la ocasión de aplicarlos? se olvida en el momento preciso; de aquí el proverbio malicioso: «Nadie es tan prudente como el que no tiene necesidad de hacer uso de la prudencia». Para él la única dificultad está en tener conciencia clara de lo que le es útil y necesario en el preciso momento en que debe tener conciencia de ello. Mas no son necesarias largas disertaciones para demostrar que con los principios generales no puede adquirir esta perspicacia. Fáltale á su lado un guía que le señale con el dedo, en el momento decisivo, la recta línea de conducta que debe seguir y el deber con que debe cumplir en las circunstancias prescritas. Le sucede muchas veces que no presta suficiente atención á pesar de ese mentor que tiene á su lado, ó más bien, que lleva consigo, gracias á la liberalidad de Dios.

Ese mentor es lo que se llama Conciencia; todos pueden conocerla por experiencia mil veces repetida.

Difícilmente podemos figurarnos á alguien tan olvidadizo que pueda pasar toda su vida sin llamarle la atención los acontecimientos que se producen en su interior, ó que con culpable indiferencia no se da cuenta de lo que en su interior realiza la conciencia. Ha depositado Dios en nuestra razón una inclinación que le es peculiar, una facultad particular que nos indica nuestros deberes siempre que debemos hacer ó evitar algo. Si olvida el hombre en sus

(1) Herodoto, 4, 26, 1.

distracciones que está divagando por el mundo exterior, jamás se sentirá en la alternativa de tomar una decisión sin que una potencia, invisible, es verdad, pero que no puede desconocer, le lleve como por la mano para despertar su atención y señalarle con el dedo lo que está haciendo. Oye entonces una voz interior que le dice: Esta es la manera de obrar; esta orden está en su lugar; así es, no puede ser de otro modo; pon de este modo en práctica ese mandamiento. ⁽¹⁾ Por eso, para indicar la conciencia, emplea el pueblo una expresión que no ha podido elegirse mejor; la llama: la voz de Dios. Esta palabra expresa exactamente lo que es. Es ciertamente la voz de Dios, que para dejarse oír se sirve de nuestra razón. Es la indicación con que nos obliga Dios á atender á nuestro deber, no por una revelación de lo alto, no por una comunicación extraordinaria, ni por un oráculo que nos llega del exterior, sino de una manera normal y regular; podemos conocerla fácilmente por la observación y la práctica; nos viene interiormente por el canal de nuestra propia razón.

Además tiene la conciencia una organización tal, y revela tan admirable sabiduría, que ella sola es suficiente para darnos á conocer á Dios y su bondad infinita. Si seguimos sus inspiraciones, obedecemos á Dios; no nos sentimos violentados por una autoridad extraña, ni nos creemos en la necesidad de examinar largamente si es verdadero y digno de ser ejecutado aquello á que nos reconocemos obligados por el mandamiento de Dios; hallamos en nosotros mismos el testimonio que proclama la existencia real de esa voz de Dios y la obligación que de seguir sus órdenes y sus exhortaciones nos impone.

De este modo, obedecemos á la vez á la voz de Dios y á nuestras propias convicciones. De este modo, con un solo y mismo acto, nos rendimos dóciles ante Dios, y somos fieles á nuestra razón y á nuestra naturaleza.

4. Conciencia y ley. Heteronomía y autonomía.—Al darnos Dios la conciencia, nos ha dado la posibilidad

(1) Sto. Tomás, 1, q. 79, a. 13.—S. Antonio, I, t. 3, c. 10.

de cumplir una condición de la vida moral, sobre la cual sutilizan, hace mucho tiempo, la humanidad con su estrechez de miras y la sabiduría humana con la debilidad que la caracteriza.

Después de Kant, se atormenta la filosofía buscando un camino que conduzca al hombre á la certidumbre y al bien, sin comprometer en nada sus derechos. Por lo que á ella toca (y en esto está siempre *a priori* fijo el espíritu humano), no puede admitir una moral religiosa y un cumplimiento del deber con miras más elevadas que las simples miras humanas. Á ningún precio quiere ese semi-dios, que fabricaría con tanto gusto el espíritu humano, vivir según preceptos extraños, aunque vengan de Dios esos preceptos. Necesita una moral independiente, una moral propia, forjada por él mismo. Por eso dijo Kant: «La primera condición de toda moralidad es que la ley sea propia nuestra, que seamos nosotros mismos nuestros legisladores; en otros términos, que seamos autónomos. En cuanto á la heteronomía que predica el Cristianismo, jamás hará ella posible la verdadera moralidad. Puede obligar á la obediencia una ley extraña impuesta por una fuerza exterior, pero esta ley no puede hacer moral. No hay más que una que puede llegar á este fin: la ley que se da uno á sí mismo». ⁽¹⁾

Más lejos va todavía Fichte, pretendiendo «que el que obra sometido á una autoridad, es un ser que sin razón cumple una ley que viene solamente del exterior, aun cuando se presente como venida de Dios. Es necesario que de antemano reciba la validez de nuestra conciencia; es el único motivo que puede obligarnos á su observancia; lo que no ha sido legalizado por la conciencia, está por lo mismo lleno de iniquidad». ⁽²⁾

¿No es curioso ver cómo se atormenta el hombre para llegar á la idolatría de sí mismo? Quedaría resuelta toda la dificultad, si se hubieran formado esos filósofos idea jus-

(1) Kant. *Grundlegung zur Met. der Sitten*, 2, Abth.

(2) J. G. Fichte. *System der Sittenlehre*, 2, Hpt. 1, Abth., § 15, V, Cor. 3.